

## DELETREAR EL INFINITO Y PUGNAR POR LA REVOLUCIÓN

Dos pasiones. La de la poesía, por un lado, la de la filosofía, por otro. Bigamia inexorable, sin taxativas y sin sentimientos de culpabilidad. La vocación poética se me espiga a partir de los amores que tuvieron un día genética y ambiente. Heredero de una cierta manera de expropiar el delirio de los pájaros (*Yo, señores, nací con la herencia / de no sé cuántos líricos genes*), viví entre bibliotecas, sonetos y metáforas y, en ciertos senderos ocultos, el relato puntual del cisnecidio. Producto de mi promiscuidad con las musas, fue mi *prehistoria* poética: dos libros deformes, contrahechos y lisiados; una indudable contribución a la teratología. Pero, como culminación de mis trabajos y mis días, arribé finalmente a mi mundo, a la órbita que me pertenece en “propiedad privada”: llegué a *Para deletrear el infinito*, a su realización primera (el libro que publiqué en 1972) y a su reconfiguración paulatina, gradual y obcecada, en varios textos escritos y publicados con posterioridad, y al término de los cuales, me encuentro casi al final de un proyecto acariciado desde hace tiempo: el de rehacer el poemario que acabo de mencionar, mediante la conversión de

cada canto de éste en un libro entero, destinada a estructurar un futuro *Para deletrear el infinito II*. Ahora, en 2014 y habiendo cumplido 85 años, veo que no sólo mi proyecto de deletrear el infinito se completó, con algunas cualidades y muchos defectos, sino que he realizado a plenitud otro ciclo de producción poética, tan amplio y ambicioso como el precedente, del que hablaré más tarde.

Hace años, la poesía me llevó a la teoría poética (el *poeticismo* fue ese charco de tinta adolescente en que abrevó mi pluma), la teoría poética me condujo a la Estética y esta última me entregó en brazos de la filosofía. Me enamoré platónicamente de las cosas, esto es, de sus ideas. El ir directamente, con firmeza y elegancia, de las premisas a la conclusión, me produjo el orgasmo de la lógica, la demencia de pellizcar la verdad. Pero mi filosofía, que era una nube más, fue descendiendo poco a poco de la curva azulada de lo abstracto, hasta volverse luz y pie de página de la carne y el hueso en los que andamos. Fue mi salto desde Kant y desde Hegel hasta el valle de lágrimas violentas del marxismo. Si el resultado de mi poetizar es, entonces, el afán de *deletrear el infinito*, la consecuencia de mi filosofar no es otra que la *Revolución articulada*. Mi poesía *Deletrea el infinito*; mi filosofía, más que nada política y enrolada en otros compromisos, se empeña en esclarecer y realizar la *Revolución articulada*. Dos

**pasiones. La de hacer una poesía que balbucee el infinito, que le robe secretos, que le arroje preguntas con su honda, y que hasta sueñe, en fin, con practicarlo. Y también la de volcarse sin recelos a una filosofía política que, consciente de que los hombres y mujeres sólo podrán emanciparse si, y sólo si, condenan a las armas la propiedad privada de utensilios, ideas, personas y poderes afirma la necesidad de una *Revolución articulada* y no de una revolución “económica” que supuestamente traerá *por añadidura* el aniquilamiento de las diversas esclavitudes que hoy por hoy nos enajenan.**

**Mi poesía y mi filosofía no van por derroteros separados, como unas paralelas perpetuamente inconexas porque la fatalidad fija su alejamiento. Mi poesía y mi filosofía se *interpenetran*. En *Para deletrear el infinito*, mi programa poético, aparece, y hasta a veces se roba la escena, mi vocación filosófica: hace acto de presencia la filosofía en general y la filosofía política en particular. El puesto del hombre en el cosmos y el puesto del cosmos en el hombre en la *Revolución articulada*, mi programa filosófico-político, irrumpe, con pelos y señales, mi vocación poética: mi gusto y mi necesidad de pensar con imaginación, con fantasía. De ahí que me repugne el dogma, la cárcel de los zafios y los pobres de espíritu. Amo, pues, la herejía, la búsqueda de**

lugares inéditos aunque se tenga que morir en la cruz de una cicuta.

En la actualidad [*hablo en realidad de varias décadas antes de ser octogenario*], en mi interior, no sólo se hallan la poesía y la filosofía interinfluyéndose, interpenetrándose, sino que tienden a identificarse. Lo diré de esta forma: *pugno por la Revolución articulada para poder un día Deletrear libremente el infinito*. Mis dos pasiones se me están convirtiendo, pues, en una. Mi corazón dejará de tener dos rostros, como Jano, para acurrucarse nuevamente en la monogamia. Se sabe que una filosofía sin intermitencias extrañas sólo es posible en una sociedad desenajenada y sin clases. La *Revolución articulada* pugna, en consecuencia, por colonizar esa tierra de todos en que la filosofía no sufra perturbaciones exóticas y en que incluso, dejemos de padecer como bestias para hacerlo como humanos. La *Revolución articulada* se propone la conquista del lugar en que podamos *Deletrear el infinito* de manera activa, lúcida, desalienada, y no, como aquí y ahora, a la manera del canario que suelta sus entrañas cargadas de poesía a través de una garganta cancerosa.